

# Da mihi animas: el corazón oratoriano de Don Bosco

---

P. Aldo Giraudó  
Universidad Pontificia Salesiana - Roma

Cada año, el ocho de diciembre, la Familia salesiana de Turín se reúne en la iglesia de San Francisco de Asís, para recitar, después de la celebración de la misa un *Ave María*, en recuerdo de aquella que Don Bosco habría dicho con Bartolomé Garelli, el día de la Inmaculada de 1841, antes de comenzar su primera catequesis. He usado el condicional, porque nuestro Padre, al narrar el hecho en sus *Memorias del Oratorio*, no nos dice nada del *Ave María*. Nos habla en su lugar de la señal de la cruz que Bartolomé Garelli no sabía hacer y del contenido de aquella primera catequesis (significado de la señal de la cruz; Dios creador; el fin para Él que nos ha creado). Es Don Lemoyne el que alude al *Ave María*, en el segundo volumen de las *Memorias biográficas*, interpolando en el texto de Don Bosco, diversos detalles y enriqueciendo el diálogo, probablemente, con la ayuda de noticias recogidas de viva voz del Santo<sup>1</sup>.

## 1. Eficacia representativa del encuentro con Bartolomé Garelli.

Sobre esta anécdota (y no sólo sobre el *Ave María*) discuten los historiadores salesianos: ¿Ha existido, realmente, un Bartolomé Garelli?. ¿Por qué Don Bosco, en las dos relaciones redactadas antes de las *Memorias del Oratorio* (1854 y 1861) no habló nunca de ello? ¿Por qué los hermanos Buzzetti afirmaron siempre que eran ellos los primeros muchachos recogidos por el Santo en San Francisco de Asís?

Los historiadores se preguntan. Nosotros les dejamos hacer. En cambio, nos preocupamos de dar por bueno y dar importancia a cuanto Don Bosco nos quiso decir con su relato. En efecto esta simpática demora<sup>2</sup> es un indicador dejado por el autor para decirnos que aquí, a su juicio, hay algo más importante y significativo que el hecho contingente; que hay casi, - si así se puede decir- un acontecimiento “metahistórico” que contiene todo un horizonte de sentido para nosotros salesianos, la especificación de una misión, de una espiritualidad y de un método.

Ante todo, se toma en consideración el contexto experimental en que se coloca el encuentro con Bartolomé Garelli. Estamos al final del primer mes de permanencia del joven sacerdote en Turín: las dos páginas que preceden a la relación del hecho, revelan el impacto, para él perturbador, con una realidad social –por tanto, pastoral-educativa- nunca antes conocida, descubierta en los aspectos más dramáticos, sobre todo en las visitas de las cárceles, acompañando a su maestro: “Don Cafasso, que hacía seis años era mi guía, fue también mi director espiritual, y si he hecho algún bien, a este digno eclesiástico se lo debo, pues puse en sus manos todas mis aspiraciones, todas mis decisiones y todas mis actuaciones. Empezó primero por llevarme a las cárceles (¡interesante y curiosa dirección espiritual!), en donde aprendí enseguida a conocer cuán grande es la malicia y la miseria de los hombres. Me horroricé al contemplar la cantidad de muchachos de doce a dieciocho años, sanos y robustos, de ingenio despierto, que estaban allí ociosos, comidos por los insectos y faltos en absoluto del alimento espiritual y material... Pero cuál no fue mi asombro y mi sorpresa, cuando me di cuenta de que muchos de ellos salían con propósito firme de una vida mejor y que luego volvían a ser conducidos al lugar del castigo... Constaté que algunos volvían a la cárcel, porque estaban abandonados a sí mismos. Quién sabe,- decía para mí – si estos muchachos tuvieran fuera un amigo, que se preocupase de ellos y los atendiese e instruyese en la religión los días festivos...

---

<sup>1</sup> G.B. Lemoyne, *Memorie biografiche di don Giovanni Bosco*, vol. II, San Benigno Canavese 1901, p.74: “Prima di incominciare il catechismo, recitò un’Ave Maria, perché la Madonna gli desse la grazia di poter salvare quell’anima”.

<sup>2</sup> Sobre el sentido y la importancia de las “demoras” en la narración, cfr. Eco, *Sei passeggiate nei boschi narratibid. Harvard University, Norton Lectures 1992-1993*, Milano, 1994, pp. 61-90

Comuniqué mi pensamiento a don Cafasso y con su consejo y sus luces, me puse a estudiar la manera de realizarlo, dejando el éxito en las manos del Señor, sin el cual resultan vanos todos los esfuerzos de los hombres”<sup>3</sup>.

En segundo lugar, Don Bosco subraya la importancia de la relación humana y la probada eficacia de una presencia comunicativa, cordial, afectuosa, alegre y disponible entre los muchachos “que vagaban por las calles de la ciudad”. “Apenas entré en el colegio de San Francisco, enseguida me encontré con bandadas de jovencitos que me acompañaban por las calles y plazas hasta la misma sacristía de la iglesia del colegio. Pero no podía cuidarme de ellos directamente por falta de local”<sup>4</sup>.

Después de las limitadas experiencias de aquel invierno, Don Bosco constató cuán eficaz era su modo de actuar: “Entonces palpé por mí mismo que, si los jóvenes salidos de lugares de castigo encontraban una mano bienhechora que se preocupara de ellos, los asistiera en los días festivos, les buscara colocación con buenos patronos y los visitara durante la semana, estos jóvenes se daban a una vida honrada, olvidaban el pasado y llegaban a ser buenos cristianos y dignos ciudadanos”<sup>5</sup>.

Generalmente nuestro Santo nos lleva a una percepción pastoral que revela un tipo de sacerdote dedicado por completo a la misión y totalmente empeñado y entregado al Señor para la salvación del prójimo. Y lo hace presentándonos “los tres modelos que la Divina Providencia me puso delante”: el teólogo Luis Guala, fundador del colegio eclesiástico, don José Cafasso, su colaborador y sucesor y el teólogo Félix Golzio. De ellos describe sintéticamente las cualidades internas y externas e igualmente el desinterés, la ciencia, la prudencia, el valor, una virtud que resiste todas las pruebas, una calma prodigiosa, la perspicacia, la vida modesta, el trabajo continuo y la humildad: “las cárceles, los hospitales, los púlpitos, las instituciones benéficas, los enfermos en su propia casa, las ciudades y los pueblos, los palacios de los grandes y los tugurios de los pobres, experimentaron los saludables efectos de estas tres lumbreras del clero turinés”. Y añade: A mí sólo me quedaba seguir sus huellas, su doctrina y su virtud”<sup>6</sup>.

No se trata de un modelo nuevo en la Iglesia, sino del ideal genuino del pastor, plasmado según el corazón y el ejemplo de Cristo, que hombres totalmente entregados hacen revivir en diversos momentos de la historia, con aquellas características y matices que requieren las situaciones, las culturas y los tiempos y las características determinadas por la propia personalidad y los carismas específicos.

Don Bosco, después, en particular, subrayando el contraste entre los rudos métodos del cura de sacristía (que, en cierto modo, representa la pastoral rígida, autoritaria y estática imperante) y su relación afectuosa y bondadosa, nos propone el “Sistema preventivo”, como camino privilegiado y certero para acceder al corazón de las personas, ganarlo, plasmarlo y orientarlo hacia el Señor. Un método, por tanto, que es pedagógico y, al mismo tiempo, pastoral (que también podría considerarse, prevalentemente pastoral).

Con este sencillo apunte de vida, Don Bosco nos está presentando una realidad muy articulada: **el mismo corazón de su misión y de su estilo y el secreto de su método y de su éxito, un modo de leer e interpretar la realidad social y educativa, y, sobre todo, una espiritualidad pastoral, que realza, en primer lugar, la relación con Dios, la conciencia de sí y de la propia identidad, y, por consiguiente la percepción de la historia, de las personas y las elecciones operativas.**

---

<sup>3</sup> G Bosco, *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855*. Introduzione a cura di Antonio da Silva Ferreira, Roma, 1992, II, 742-764. **BAC**, p.413.

<sup>4</sup> *Ibid*, II, 767-772. **BAC**, p.414.

<sup>5</sup> *Ibid*, II, 834-839. **BAC**, p.416.

<sup>6</sup> Cfr. *Ibid*, II, 711-740. **BAC**, p. 412-413

Todo esto tiene como consecuencia la modificación profunda de la gestión de nosotros mismos, del propio tiempo, de los intereses, de las relaciones humanas, de los recursos y de la misma corporeidad. Y da también una impronta característica a las iniciativas y actividad; al modo de impartir la catequesis, de celebrar, de encontrar y tratar a las personas...

## 2. El método del Oratorio es una tensión del espíritu.

La narración de aquellos primeros meses, en los que el joven sacerdote intercala el estudio y las clases con ligeras actividades pastorales, manifiesta ya los elementos esenciales que constituyen las fundamentales características del Don Bosco que conocemos: "Dedicaba todo el domingo a asistir a mis jovencitos; durante la semana iba a visitarlos en pleno trabajo, en los talleres y fábricas. Esto entusiasmaba a los chicos, al ver que había un amigo que se preocupaba por ellos; y lo veían muy bien los patronos... Los sábados iba a las cárceles con los bolsillos llenos de tabaco, de frutas o de panecillos, con el objeto de conquistar a aquellos chicos, que tenían la desgracia de ser encarcelados y asistirlos así de alguna manera y hacérmelos amigos y lograr que vinieran al Oratorio, cuando salieran de aquel lugar de castigo"<sup>7</sup>.

Existen, sin embargo, otros documentos muy importantes, no escritos por Don Bosco, que revelan como aquellos años, 1846-1850, no eran tan solo una fase inicial del desarrollo de un espíritu y de un método, que sólo más tarde lograrán su esplendor. Se trata de fragmentos, de testimonios coetáneos (casi crónicas en directo), que quedaron como se escribieron, es decir, no filtradas por una cariñosa e idealizadora relectura posterior de los discípulos. Son impresiones y descripciones que observadores atentos y calificados han dejado sobre la obra y el hombre, interpretando el espíritu animador. Surge de ellas un retrato fresco y conmovedor que nos ilustra eficazmente el modelo apostólico del relato, las motivaciones interiores, las virtudes y el método pastoral-educativo, las técnicas y estrategias del joven Don Bosco.

Elijo de ellas algunos pasajes destacados para que nos sirvan de alimento y estímulo, sea para una revisión de vida, como para una proyección de don. Con su inmediatez sugestiva pueden removernos y ayudarnos a vivir más intensamente el carisma salesiano en el presente.

Los testimonios son de origen diverso. Ante todo el teólogo Lorenzo Gastaldi, que, en las páginas del *Conciliatore torinese*, del 7 de abril de 1849 ofrece una atrayente descripción del Oratorio de Valdocco en un día festivo: "Una colmena en torno a la cual giran zumbando un enjambre de abejas, mientras una gran parte de él está elaborando tranquilamente la miel, te representa una imagen verdadera de ese sagrado recinto en los días festivos. Por los caminos que a él te conducen, encuentras a cada paso numerosos grupos de muchachos, que, cantando, se dirigen a él, con más alegría que si fueran a un banquete: en su interior, puedes ver por todas partes, muchachos que juegan, divididos en pequeños grupos; unos brincan, otros juegan a la pelota, otros a las bochas; no faltan tampoco los que se columpian, dan volteretas y hacen el pino: mientras, en la iglesia, algunos aprenden el catecismo, otros se preparan a los sacramentos y, en las antiguas estancias, se enseña a escribir a unos y a otros a hacer cuentas, caligrafía, o canto"<sup>8</sup>.

Romántica ilustración, si se quiere, mas expresiva, pero que adquiere tonos más profundos y se hace testimonio conmovedor, cuando él, preguntándose "por quién y con qué fin se consagra a las prácticas religiosas tan modesto lugar", responde: "un humilde sacerdote, sin más riqueza que una inmensa caridad, hace ya más de veinte años, recoge allí, todas los días festivos de quinientos a seiscientos jóvenes para adoctrinarlos en las virtudes cristianas y hacerlos, al mismo tiempo, hijos de Dios y óptimos ciudadanos". Lorenzo Gastaldi, que se convertirá más tarde en el duro censor de Don Bosco, apunta así un luminoso esbozo de las características esenciales del Oratorio y de las virtudes pastorales de quien, sin ninguna duda, es presentado como el "nuevo Felipe Neri".

---

<sup>7</sup> *Ibid*, II, 896-906. **BAC**, p.418

<sup>8</sup> L. Gastaldi, *L'Oratorio di S. Franc.sco di Sales in Torino*, in "Il Conciliatore Torinese. Giornale religioso politico letterario", Sabato 7 aprile 1849, anno 2º, n. 41, s.p.

Y continúa: “Aconsejándose con su celo, armándose de una paciencia a toda prueba, vistiéndose con toda la dulzura y humildad, que bien sabía lo mucho que se necesitaban para su elevada empresa, se dedicó a rondar por todos los alrededores de Turín y a acercarse a todas las pandillas de jóvenes, entretenidos en sus juegos, y pedirles que le dejaran tomar parte en ellos. Después, tras haber roto ya el hielo, los invitaba a seguir jugando en un sitio suyo, que era mucho mejor para divertirse... Es fácil pensar con cuantos desprecios habrá sido recibida su invitación, muchas veces, y cuántas negativas habrá tenido que sufrir: mas su constancia y dulzura, poco a poco, fueron triunfando de modo prodigioso: y los muchachos más alborotadores y los más corrompidos jóvenes, vencidos por tanta humildad y tanta dulzura de trato, se dejaban conducir al sencillo recinto”. Junto con él “varios sacerdotes vigilaban a aquella turbamulta de tan diversos componentes, agitada por tan dispares inclinaciones, afanándose como mejor podían para enderezar sus pensamientos, afectos y actos hacia la religión”.

Constata Gastaldi con estupor los éxitos prodigiosos de esta acción pastoral: “la docilidad con que todos aquellos jóvenes, un día tan mal encaminados, obedecen ahora... la alegría que se refleja en sus rostros; la devoción con que asisten a los divinos oficios, se acercan a los sacramentos, frecuentan la instrucción religiosa y participan en los ejercicios espirituales”. Y expresa su inmensa “maravilla, al ver el afecto y el ternísimo reconocimiento que aquellos chicos guardan en su corazón hacia su bienhechor, el señor Don Bosco... Su palabra tiene un poder prodigioso sobre el corazón de aquellas almas, tiernas todavía, para instruir las, corregirlas, inclinarlas al bien, educarlas en la virtud y enamorarlas igualmente de la perfección”. Hasta tal punto, que muchos de ellos, “saboreadas” las dulzuras de la piedad, probado el inefable placer de un alma sacada del abismo de la corrupción y aupada... llegaron a ser otros tantos pequeños apóstoles junto a sus compañeros... y así, divulgada, de boca en boca, la noticia del nuevo oratorio, en poco tiempo, acudió una inmensa multitud de jóvenes”.

Estas expresiones tienen un notable valor. Preceden, unos treinta años, a la reconstrucción que el mismo Don Bosco hará en las *Memorias del Oratorio*, confirmando no sólo los datos, sino añadiendo lo que nuestro santo no podía decir de sí mismo, y corroborando cuanto, con afecto, los discípulos escribirían después de su muerte.

Tan sugestivas descripciones, formuladas en aquel atormentado 1849, han sido avaladas por los testimonios de otros observadores. Algunos días antes, (el 2 de abril), un anónimo articulista del intransigente *Armonía* lo describía como “sacerdote celoso, ansioso del bien de las almas... consagrado por entero a la piadosa labor de arrancar del vicio, del ocio y de la ignorancia todo aquel gran número de muchachos... (para darles) aquella instrucción que, por encima de todas las otras disciplinas, es la única necesaria, la instrucción religiosa; él los acostumbra a cumplir con sus deberes, a ejercitar el verdadero culto a Dios, a convivir amigable y socialmente los unos con los otros. Junto al Oratorio, se alzan también las escuelas... e igualmente está el aludido recinto en el que los jóvenes... se entretienen con sencillos juegos e innumerables diversiones... En medio de ellos, se encuentra siempre Don Bosco, que es constantemente para ellos maestro, compañero, modelo y amigo”<sup>9</sup>.

El mismo periódico, el 4 de mayo siguiente, en un polémico artículo contra los calumniadores del clero, presenta como réplica “al egregio sacerdote Don Bosco, que animado por la más perfecta caridad, se dedicó por entero, a la instrucción y educación de los pobres... renunciando a toda esperanza lisonjera de vida y sacrificando todo para dar a la sociedad mejores ciudadanos”<sup>10</sup>.

También el grupo de los “pedagogos” turineses, reunidos en torno del sacerdote Aporti, se interesaba activamente por el método del *Oratorio de San Francisco de Sales*: “título elegido no al azar o a la buena”, como escribe en los primeros meses de 1849, en el *Giornale d'Istruzione e*

<sup>9</sup> *L'Oratorio di S. Francesco di Sales*, in “L'Armonia della Religione colla Cibidltá”, lunedì 2 aprile 1849, anno 2º, n. 40, pp. 158-159.

<sup>10</sup> *Rivoluzione e Cclero. Oratorio di S. Francesco di Sales in Torino*, in “L'Armonia della Religione colla Cibidltá”, venerdì 4 maggio 1849, anno 2º, n. 53, pp. 211.

d'*Educazione*, el profesor Casimiro Danna -. Porque más que el título, es el espíritu de aquel ardiente apóstol, lo que transfunde en su instituto este óptimo sacerdote, que se ha consagrado por entero a aliviar los dolores de la gente pobre, ennobleciéndola en los pensamientos”.

Pasa después a describir su actividad y método: “Él recoge en los días festivos, en su solitario recinto, de 400 a 500 jóvenes, a partir de los ocho años, para alejarlos de los peligros y disipaciones e instruirlos en las máximas de la moral cristiana. Y entreteniéndolos además con agradables y honestas diversiones, después de haber asistido a las ceremonias y ejercicios de la piedad religiosa, siendo él pontífice y ministro; maestro y predicador, padre y hermano... El cebo con que atrae al numerosísimo tropel de jóvenes, además de alguna piadosa imagen, además de las loterías y, de vez en cuando, algún tentempié, es el aspecto sereno siempre y siempre atento a infundir en aquellas almas juveniles la luz de la verdad y del mutuo amor. Cuando él sabe o encuentra a alguno más empobrecido por la tristeza, no lo pierde de vista, lo lleva a su casa, lo alivia, lo asea. Le proporciona ropa nueva, le da de comer, mañana y tarde, hasta que encontrándole patrono y trabajo, sabe procurarle un honrado sustento para el futuro y puede atender con mayor seguridad la educación de la mente y del corazón”<sup>11</sup>.

Quiero, en fin, citar el parecer de un funcionario del gobierno, el ecónomo general Ottavio Moreno, quien en diciembre de 1849, señala al Ministro de Gracia y Justicia, “el relevante y activo celo con que el sacerdote Juan Bosco, desde hace ya algunos años, se emplea en instruir y acoger a jóvenes abandonados o díscolos”<sup>12</sup>.

La misma persona, el 24 de septiembre de 1851, al presentar las peticiones de subsidio de los sacerdotes de los Oratorios (“celosísimos sacerdotes que con extraordinaria caridad se ocupan del hospedaje, de la instrucción y educación de niñas pobres y de pobres muchachos y jóvenes, que abandonados por las calles y plazas, a la disolución, sin freno alguno, incurren en toda clase de vicio y obscenidades”), ofrecerá un amplio resumen de la laboriosidad “de Don Bosco, activo e impaciente en su caridad”: “se lanzó a un campo más vasto y se puso a la cabeza de tres grupos de jóvenes, colocándolos bajo el estandarte de la religión y llamándolos, como ya lo hizo San Felipe Neri, Oratorios... Llega el domingo o un día festivo: entonces aquellos jóvenes que él colocó en cualquier tienda u oficina, acuden todos con brío e impaciencia al Oratorio de San Francisco de Sales, y allí se apiñan en torno al amable Don Bosco, con el que se muestran llenos de agradecimiento y afecto... Todo está regulado por la presencia, el respeto y amor que inspira el benéfico sacerdote, que, a pesar de su propia penuria, no duda en dar un pan a quien lo necesita o también un vaso de vino aguado a quien, tras la agitación del juego, tiene sed”<sup>13</sup>.

Aparecen, pues, en las observaciones de estos testimonios de los primeros días, los elementos suficientes para comprender cómo el Oratorio de Don Bosco, antes que estructura, actividad, fórmula o método, era actitud interior de entrega absoluta, un modo de espiritualidad, una conocedora percepción de la urgencia pastoral y educativa, una *forma caritatis*, de la que manaban celo, paciencia, constancia, creatividad, ánimo y cualquier otra virtud o recurso necesario.

### 3. La pasión pastoral

El Oratorio es el resultado del corazón pastoral de Don Bosco. Aquel corazón formado y adiestrado bajo la dirección espiritual de Don Cafasso, para conformarse con Cristo pastor, obediente y entregado al Padre, activo, celoso, y sacrificado: “Tomemos en nuestras manos este crucifijo,- sugería a los jóvenes sacerdotes Don Cafasso – y después, mirándolo, digámonos a nosotros mismos: Si yo no me hago una sola cosa con este Señor, si mis pensamientos, mis afectos, y mis obras, no son como las de este divino Redentor, tengo que desengañarme: tendré

---

<sup>11</sup> C. Danna, *Corrispondenza – Cronichetta*, in *Giornale della Società d’Istruzione e d’Educazione*”, I (1849) I pp. 459-460.

<sup>12</sup> Ottavio Moreno al Ministro de Grazia e Giustizia (6 dicembre 1849) in *AST Gran Cancelleria*, mazzo 262.

<sup>13</sup> Ottavio Moreno al Ministro di Grazia e Giustizia (24 settembre 1851), in *AST Grande Cancelleria*, mazzo 287/2.

el nombre de sacerdote, pero separado del principio que me debe animar... copia deforme, degenerado de mi tipo y de mi modelo”<sup>14</sup>. Y era el Jesús de la vida pública el que Don Cafasso ofrecía como modelo, por las características apostólicas de las que es maestro: “Lo que quiere decir que el hombre apostólico, debe ser hombre de oración, todo bondad y que en todas las acciones no tenga otro punto de mira que el honor y la gloria de Dios y la salvación de las almas”<sup>15</sup>. Este espíritu confiere al trabajo del pastor “un brío, un alma, con modos y maneras inconfundibles: “Dame almas, Señor, digamos con aquel apóstol de caridad, San Francisco de Sales, dame almas para salvar – repetía Don Cafasso a sus alumnos -. Ánimo, pues, queridos, preocupémonos, cada día, por ayudar, por salvar a algún alma, por impedir algún pecado”<sup>16</sup>.

En esta tensión espiritual, traducida en actitudes y acción práctica, encontramos el principio animador del Oratorio. De ella hizo el programa de su vida: “*Da mihi animas, caetera tolle*”. Lo enseñó a Domingo Savio como instrumento de perfección espiritual (“La primera cosa que se me aconsejó para hacerme santo fue que me esforzarse por ganar almas para Dios”<sup>17</sup>); se lo señaló también a los miembros de su gran Familia: “El fin de esta sociedad, - escribe hacia 1859, en una de las primeras redacciones de las Constituciones salesianas- es de reunir juntos a sus miembros eclesiásticos, clérigos y laicos, a fin de perfeccionarse ellos mismos, imitando la virtud de nuestro Divino Salvador, especialmente en la caridad con los jóvenes pobres”<sup>18</sup>.

Es justamente lo que Miguel Rua, que vivió junto a Don Bosco desde el verano de 1845, nos recuerda con las palabras dirigidas a un salesiano enviado a fundar un oratorio en un barrio difícil: “Allí, no hay nada, ni siquiera el terreno y el local para reunir a los jóvenes; pero el Oratorio festivo está en ti: si eres verdadero hijo de Don Bosco, encontrarás donde plantarlo y hacerlo cuajar en árbol magnífico y cargado de buen fruto”<sup>19</sup>.

Existe una expresión muy querida para la generación sacerdotal a la que pertenecía Don Bosco, que inspiraba a los grandes y santos pastores de la Reforma católica (Felipe Neri, Carlos Borromeo, Francisco Javier y Francisco de Sales): “celo por la salvación de las almas”. *Celo* no significa sólo compromiso, darse al trabajo: expresa una orientación totalizante, el ansia, y casi el tormento, de salvar a todos, que organiza y concentra las energías de la persona, generando un movimiento, un ímpetu vital, una voluntad de contacto con todos, a toda costa, con todos los medios y mañas, una búsqueda incansable y llena de cariño de los últimos y de los más abandonados pastoralmente, una creatividad inagotable y fecunda, con flexibilidad psicológica, espiritual y práctica (operativa). San José Cafasso prefería la expresión paulina: “*Caritas Christi urget nos!*”.

Entendido en este sentido, el celo pastoral sólo puede brotar de una conversión absoluta, del desprendimiento total de sí y del amor apasionado por Dios y el prójimo, que plasma, configura y unifica la misma personalidad y le confiere afabilidad, cordialidad, dulzura, capacidad de cuidado personalizado, de tierna paternidad y de ardiente amistad, haciéndole soportable el sacrificio, alegre la renuncia, agradable el trabajo. San Francisco de Sales describe *la vida devota* como un alegre arrojo por el que se hace todas las cosas por amor, con facilidad, con fervor, bien y, frecuentemente, también con gusto. El celo pastoral de Don Bosco pertenece a este movimiento espiritual, que tiene en sí algo de dulzura e impetuosidad, al mismo tiempo.

El “*da mihi animas caetera tolle*” vivido por el corazón sacerdotal de Don Bosco es, ante todo, una espiritualidad. En realidad lo que en él se expresa, puede sólo surgir de la superación de un mismo en la “*santa indiferencia*” y de la conformación con Cristo, obediente hasta la cruz. Un

<sup>14</sup> G. Cafasso, *Opere complete. III: Meditazioni per esercizi spirituali al clero*, Torino 1925 p. 204.

<sup>15</sup> *Ibid*, 242.

<sup>16</sup> G. Cafasso, *Opere complete. IV: Istruzioni per esercizi spirituali al clero*, Torino 1925 p. 320.

<sup>17</sup> G. Bosco, *Vita del giovinetto Savio Domenico*, in *Opere e scritti editi e inediti di Don Bosco*, IV, Torino 1942-1943, p.26. **BAC**, p. 157

<sup>18</sup> G. Bosco, *Costituzioni della Società di S. Francesco di Sales* (1858) –1875. Testi critici a cura di Francesco Motto, Roma 1982, p.72.

<sup>19</sup> Testimonianza riferita da P. Albera, *Lettera edificante* n. 1 (13 maggio 1913), Torino 1913, p. 15.

ímpetu tal del corazón y de la vida, que es, al mismo tiempo, explicitud del *suscipe* ignaciano y del *amor de benevolencia* salesiano en el “éxtasis de la vida y de las obras”, se nutre y se refuerza con un largo y permanente trabajo de ascesis y de conversión hacia un señorío de Dios, más total siempre, sobre la propia vida y un abrazarse cada día con la cruz concreta de lo diario, y llevarla pacientemente tras las huellas de Cristo.

Para expresar este pujante modelo de pastor, me parecen eficaces las expresiones empleadas por Don Bosco en una carta enviada el 25 de octubre de 1878 a un párroco desanimado de Forlì: “No hable de marcharse de la parroquia. ¿Que hay que trabajar? Moriré en el campo del trabajo, *sicut bonus miles Christi*. ¿Qué no vale para nada? *Omnia possum in eo qui me confortat*. ¿Qué hay espinas? Con las espinas convertidas en flores, tejerán los ángeles para usted una corona en el cielo. ¿Qué los tiempos son difíciles? Siempre fueron así, pero nunca faltó la ayuda de Dios. *Christus heri et hodie*. ¿Me pide un consejo? Helo aquí: cuide de modo especial de los niños, de los viejos y de los enfermos y se adueñará de los corazones de todos”<sup>20</sup>.

Las vacilaciones y los temores derivados de la falta de correspondencia, o de la hostilidad de los hombres, de la consideración de la propia insuficiencia, del miedo al sufrimiento y a los trabajos, del desacuerdo con la cultura dominante, se superan en la relación con Cristo, Salvador y Señor de la historia y en el conocimiento del poder de su gracia. El sacerdote celoso, según Don Bosco, es un pastor, al mismo tiempo batallador e inflamado de caridad creativa, un modelo que mantiene toda su potencia, hoy también, y que nos interpela seriamente.

---

<sup>20</sup> G. Bosco, *Epistolario*, a cura di Eugenio Ceria, vol. III, Torino 1959, p. 399.